

Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 30 MARZO DE 1941

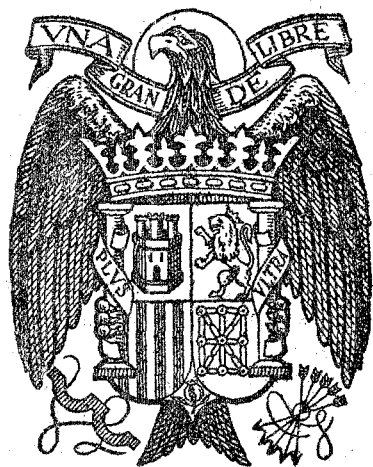
NÚM. 31

EDITORIAL

EL ENTUSIASMO DE LA VICTORIA

El próximo martes, día 1 de abril, se cumple el segundo aniversario del feliz término de la guerra de liberación. La grandeza y gloria de tal hecho y de su principal forjador, el Caudillo de España, no pueden ser amenguadas

por ninguna circunstancia posterior que haya sido o que pueda sobrevenir. Pero nosotros, que en estos editoriales siempre hemos supeditado lo literario y lo ampuloso a lo didáctico y práctico, en vez de escribir hoy un artículo de loor y alabanzas que, forzosamente, habría de quedar en defecto ante la trascendencia y alto valor que la Victoria tiene, queremos hacer unas sencillas consideraciones y comentarios que estén más de acuerdo con la finalidad práctica que siempre buscamos.



Confesamos que aquellos primeros tiempos de la Victoria en que cada español quemaba una enorme cantidad de energías en el hogar y fuego interior del entusiasmo, ha pasado ya. Hoy, hay más falangismo, en el sentido de una mayor penetración de las camaradas de camisa azul con el nuevo Estado Español, pero no existe aquel entusiasmo espontáneo de los primeros días. Ello, y va de pregunta, ¿a qué es debido?

Todos los lectores responderán inmediatamente: a la escasez de pan, al encarecimiento de la vida, a la falta de materias primas y, por lo tanto, de trabajo... etc., y todos tendrán razón. Pero permitidos, no obstante, que subamos un poco más arriba para poder apreciar el problema en toda su totalidad, y diremos: aquel superentusiasmo exagerado y espontáneo que existía en los primeros días de la Victoria, no podía durar porque le faltaba la hondura y fundamentación espiritual necesaria, obedeciendo su disipación a las siguientes causas concretas: para el obrero, a que, debido a la actual conflagración mundial y no obstante las radicales medidas que por el Gobierno han sido puestas en práctica, su régimen de vida es inferior al de antes del 18 de julio del 36. Para el capitalista: a las enérgicas medidas antes citadas que ha redundado en su economía impidiéndole de realizar los pingües beneficios a que estaba acostumbrado. Para el comerciante: a las tasas que el Gobierno, al objeto de que los artículos de primera necesidad estén al alcance de los humildes, ha establecido y que vienen a limitar el desmedido afán de lucro y de dinero-cracia de los comerciantes.

Y ahora, ¿qué se dirá de aquel entusiasmo si causas tan materiales lo han disminuído? Sencillamente, que no existía en el orden espiritual, sino solo materialmente; era un entusiasmo que jamás salió del corazón, sino del estómago. ¿Cuántos eran de los que pronunciaban arriba o viva España que entendieran y comprendieran para que habían sido estos gritos crea-

dos? ¿Quiénes eran los que pensaban en el ejercicio público del culto católico que la liberación y la Victoria traían consigo? ¿Quiénes en la exaltación nacional y en la permanencia de la patria? ¿Quiénes en la justicia social, por encima de intereses de grupo o de individuo, que el nacional-sindicalismo encerraba? Sí, en esto se pensó, pero lo pensaron solamente los combatientes y los que hoy día continúan formando la guardia azul de la nueva España, de la España de nuestros Caídos. Pero lo que otros pensaban en aquellos primeros días de Victoria total, era en las propiedades que les quedaban aseguradas, en la fábrica que se les devolvía, en los comestibles que otra vez abundaban y en los rojos encarcelados, en los que veían, más que a unos enemigos de la Patria, a unos enemigos personales suyos. Tal fué el espíritu con que algunos retaguardistas—de territorio rojo—recibieron la Victoria: con el corazón lleno de concupiscencias, solamente anhelando en la restitución de los bienes que habían perdido y la venganza. Y se produjo en ellos un superentusiasmo, confiados, seguramente, que la España falangista sería el reino de Jauja o, cuando menos, a ellos les corresponderían especiales privilegios que les permitirían vivir como si lo fuese. Para no dejar pasar la oportunidad corrieron, ansiosos, a afiliarse a la victoriosa F. E. T. y de las J. O. N. S., esperando obtener una «brújula de marear» con la que podrían ir aprovechando ventajas y eludir responsabilidades y deberes que la vida cotidiana, necesariamente, habría de originar. Otros, más audaces, ya se consideraron con la suficiente pericia «mareadora» y ni este extremo, aparentemente de buen ver, realizaron.

Pero llegó la normalidad, la vida de la paz, de deberes y sacrificios para reconstruir una patria arruinada por la chusma de fuera y de dentro. El nuevo Estado que desconoce toda clase de privilegios y obra de acuerdo con el interés general, siempre que sea de justicia. Los Tribunales de Franco que, lejos de vengarse, usan en el más alto grado de la equidad. La F. E. T. y de las J. O. N. S. que exige, de todos, sacrificios y deberes. Y bien pronto todos los «mareantes», ante tal orden de cosas tan contrario al que ellos deseaban, agravado por la circunstancia imprevisible de la conflagración internacional, han sido a su vez «mareados» y entonces han empezado a echar toda la bilis, que se les formó en su interior, en forma de la más repugnante murmuración y del chiste más grosero y de peor gusto. Tal era el espíritu de algunos retaguardistas, en el momento de la Victoria y tal ha sido la génesis que ha originado el actual.

Aquel entusiasmo exagerado, inútil e incluso perjudicial de los primeros días ha desaparecido, otra cosa no podía suceder dada la pobreza de su origen. Pero ahora quedan las disciplinadas y nobles falanges—nobles, porque, como dice Eugenio d'Ors, noble es el que se sabe con más deberes—con menos comodidades, por lo tanto—que los demás,—que duras como el acero, no se doblegarán jamás ante circunstancias pasajeras, porque están templadas con principios eternos e inmovibles.

Sí, la lluvia del entusiasmo popular, que desbordó el cauce del río, afortunadamente pasó. Ahora ya sigue su curso nor-

(Continúa en la página 5)